

Para comprender porque no fui yo ese mortal de temple superior, seria preciso penetrar en el fondo de mis pensamientos mas intimos en aquella época, y conocer al mismo tiempo la estraña situacion en que se hallaba la Francia jadeante durante la revolucion súbita, imprevista y cercada de peligros que coincidió con la república. Voy con pocas palabras á conduciros hasta el fondo de mis arcanos intelectuales, como igualmente hasta el fondo de la situacion en que ponía á la Francia una revolucion tan repentina, cuya política exterior yo mismo dirigia, tocando á vosotros mismos jugar si me hallaba en las condiciones requeridas para sublevar la Italia, asegurar su libertad y mediatizar esta bella península. La misma Italia sabrá condenarme ó absolverme. Todo lo confesaré, tanto lo que media en mi favor como lo que contra mí milita, pues la reticencia es mentira en historia, y el que todo no lo sabe, todo lo ignora. Sin mas preámbulo, entro en materia.

XVI

Antes de todo es preciso saberme apreciar á mí mismo, es necesario entrar en mi naturaleza personal y en el espíritu del papel que me compitió en el momento á la vez terrible y grandioso, en que la república estalló de la revolucion repentina y deslumbrante, cual rayo brillador y fragoroso de la nube.

Un gobierno contra el cual no conspiraba, si bien no merecía mi estimacion, acababa de desplomarse y hundirse sin la menor defensa. Una hora despues, sorprendido como todo el mundo, creí (como todavía aun creo) que el único recurso en aquel entonces, era proclamar sobre las ruinas de esta misma monarquía una república de necesidad y destinada á salvar la patria del naufragio; una república que acallase toda pretension intempestiva y diese al pueblo la paciencia de aguardar una asamblea soberana, solo poder legal y capaz de imponer el orden y el respeto de sí misma á la Francia.

No era yo un republicano radical y subversivo, uno de esos republicanos quiméricos que sueñan el trastorno fundamental de la sociedad civil para hacer brotar de la sangre y del fuego un mundo nuevo y germinado en tres horas, cuando solo podria nacer de la lenta gestacion y laborioso alumbramiento de los siglos.

No puedo menos de confesar que era un republicano improvisado, un republicano político, un republicano conservador de todo lo que debe ser conservado bajo de pena de muerte en una sociedad, como el orden, la vida, la libertad de la religion, la libertad legal, la industria, la fortuna, la propiedad, el respeto recíproco de todos los ciudadanos, el derecho público de Europa, la paz de las naciones entre sí, su independencia recíproca y el espíritu de sus tratados.

XVII

¿ Merezo ser censurado por haber sido republicano conservador? Así opinan los de otro temperamento, pero de un modo ú otro era lo que era y no otra cosa. A nadie es dado hacerse de nuevo, ni cambiar su naturaleza, su convicción, su conciencia; y, con razón ó sin ella, repito que era republicano conservador.

Si otra hubiese sido mi opinión, nada me hubiera sido más fácil que atizar el fuego que ardía en Francia y dejarlo propagarse por la sola corriente de huracán mugidor, determinando una catástrofe de una ú otra naturaleza, tal vez un montón de cenizas humeantes desleídas por una lluvia de sangre y holladas repetidas veces por la torpe soldadesca. En semejante hipótesis los republicanos hubieran sido los incendiarios del antiguo mundo: deplorable título á la estimación y amor de los pueblos consumidos y entregados, después de fenecida la obra de los Erostrates, á la merced de los Marios del norte y mediodía.

En este sistema el primer objeto de la república debía ser: ¡ A las armas! Dos estrofas añadidas á la Marsellesa: una contra las clases superiores y otra contra la propiedad, hubieran enardecido todos los ánimos; y la Francia, extravasada de su cauce como un río que sale de madre, se hubiera precipitado

como un torrente más allá de sus límites geográficos, y en este caso ¡ ay del mundo!

XVIII

No eran tales mis proyectos con respecto á la nueva república, y todos mis conatos tendían á mostrar á la Europa que había compatibilidad completa entre la Francia libre y las potencias geográficas limítrofes, respetadas en sus fronteras como en su independencia.

La inviolabilidad mútua es la base en la cual el orbe estriba. Violar esta base era no solamente una iniquidad, sino entronizar la guerra, esto es, la organización del degüello colectivo, la sangre humana vertida á olas sobre la Europa entera. ¿ Y con qué derecho? Con el derecho que puede arrogarse imperiosamente una opinión, un sistema, un capricho, un arranque de vanidad, una humorada á la manera de Danton, advirtiendo que el mismo Danton se ceñía á proclamar la guerra defensiva y trataba con la Prusia.

Confieso mi flaqueza: mi conciencia de hombre timorato en presencia de la Divinidad, repugnaba á este juego de sangre y lágrimas humanas. Desprecieme quien quiera, pero á lo menos discúlpeme si le digo que hubiera creído cometer un crimen nefando para con la humanidad al no apartar la guerra ofensiva de la república, y al ceñirme á la guerra de-

fensiva y patriótica. A este escrúpulo de conciencia debe atribuirse mi manifiesto á la Europa.

Pero eso no pasa de un recelo fantástico, me objetarán tal vez mis adversarios, en materia de gobierno. No lo niego, pero á veces la voz de la conciencia es la política mas hábil. Acordaos de lo que tuvo lugar á la sazón : las ligas de las cortes fueron desarmadas de todo derecho de agresion contra la república; los pueblos respetados y tranquilizados en su territorio, adoptaron nuestros principios, y la diplomacia francesa llegó á ser árbitro del mundo en seis semanas, sin haber violentado ninguna nacion ni quemado un grano de pólvora.

XIX

No obstante, lejos estaba de disimularme á mí mismo que la Italia se veria agitada por estremecimientos convulsivos y sacudimientos violentos, cuyo resultado seria un armamento operado por la Alemania, deseosa de mantener su dominacion usurpada en los llanos de la Lombardia. Por otra parte harto me constaba desde mi primera juventud, el carácter vacilante, arrepentido, sugeto á la reincidencia, en una palabra, extemporaneo, de Carlos Alberto, desconfiándome del arrastramiento inoportuno que daria á su ejército ó recibiria de su pueblo. En esta prevision, que los acontecimientos no tardaron en justificar, la voz del deber me

obligó á tomar una posicion de fuerte expectativa, y en consecuencia decreté el ejército de los Alpes de sesenta mil hombres, escaionados desde Leon hasta la frontera del Var.

¿Cuál era la significacion del ejército de los Alpes? — En mi concepto era doble : hallarse pronto á defender el Piamonte á la primera señal de peligro de esta potencia; y poder al mismo tiempo reprimir las agitaciones religiosas, civiles, socialistas y demagógicas que podian estallar á cada instante en Leon, Aviñon, Marsella, Tolon, en toda la cuenca formada por el Saona y el Ródano, en una palabra en el mediodia de la Francia mas vehemente y apasionado que el norte.

Así el ejército de los Alpes, dominaba inofensivamente á la Italia por su frente, mientras que por su flanco derecho el mediodia de la Francia.

XX

Ahora bien ¿ qué debia hacer en Italia este ejército de expectativa si la temeridad inoportuna de Carlos Alberto declarase la guerra al Austria; ó, si como yo lo preveia, se avanzase victoriosa esta última potencia, á consecuencia de la derrota del rey de Cerdeña, para invadir el Piamonte?

En este caso, el derecho de acuerdo con el interes de nuestras propias fronteras, obligaba á nuestros soldados á bajar de los Alpes al Piamonte, cubrir

este reino, reunir los restos del valeroso ejército piamontés, hacer frente á las fuerzas austriacas y combatir si necesario fuera en favor de la evacuacion é independencia de la Península entera.

Pero todo esto no pasa de una hipótesis, pues en aquella época la revolucion pugnaba en nuestro favor en Hungría, en Prusia, en Francfort, en Roma, en Nápoles, en Toscana, en Viena; y el Austria que solo existia por su único ejército de Italia, no pensaba en aventurar su propia existencia en una batalla, sino en procurarse condiciones ventajosas para efectuar una honrosa retirada hasta el pié del Tirol, pidiendo tan solo para evacuar la Lombardia el pago de su deuda Italiana. En tal extremo, no admite duda que 100,000 Franceses, cubriendo á 100,000 Piamonteses, hubiesen operado por su sola presencia ó por un lance procedente de denodado arrojo, la liberacion del suelo itálico; asercion tanto menos dudosa, cuanto que á la sazón habian empuñado las armas con mas ó menos patriotismo, Turin, Milan, Génova, Parma, Placencia, Bolonia, Venecia, Florencia, Liorna, Roma, Nápoles, la Calabria y la Sicilia. Por otra parte el movimiento militar, vacilante aun en un pais deshabitado á las armas, se hubiera acrecentado, multiplicado, organizado bajo el flanco derecho del ejército francés, en términos que en seis meses la Italia se hubiera convertido en un bosque de bayonetas, tal vez inhábiles, pero ciertamente heróicas como el sentimiento que armaba á sus milicias.

XXI

¿Qué hubiera resultado entonces? Ignoramos el secreto del destino, pero podemos afirmar que hubiera sido adoptada toda propuesta procedente de la Francia, y cuanto hubiera permitido la constitucion de los cinco ó seis principales estados de la península; esto es, una federacion patriótica, unánime en su naturaleza política y custodiada por la mediacion protectriz de la Francia. En otros términos, la unidad nacional y militar de los diversos gobiernos itálicos hubiera guardado cierta analogía con la confederacion helénica de las ciudades, reinos, islas y repúblicas del Poloponeso bajo la garantía de las falanges macedónicas.

Seguramente no hubieran faltado las oscilaciones, tanteos, anomalías, inexperiencias, magullamientos, rivalidades, excesos de impulsión, excesos de resistencia; pero la mediacion presente y armada de la Francia hubiera sido la dictadura de salvacion comun, aceptada por la necesidad, hasta el momento en que, á la decision de los aliados, hubiera sucedido la de los Italianos mismos constituidos y armados en su propia patria. Inútil es pugnar contra la naturaleza de las cosas y olvidar que el desmenuzamiento forma el carácter político por excelencia de la península, desde la edad media en que tan pujantes descollaron las ciudades italianas,

hasta nuestros días. Así esta tradición secular exige, de preferencia á una unidad nacional, una confederación por municipios; y en este caso ¿qué mejor confederación puede darse que la que reconoce por metrópolis municipales á Turin y Milan al pié de los Alpes, Génova á la derecha y Venecia á la izquierda, Florencia, Liorna, Bolonia al pié de los Apeninos; Roma en el centro, Nápoles en la punta meridional, Palermo y Mesina en la Sicilia? ¿Quién puede calcular el renacimiento político, militar, oratorio y literario que está destinada á producir la emulación recíproca de todas estas capitales, en beneficio de una nación de veinte millones de almas, dotada de tanto ingenio y mayor razón que la frívola Atenas?

XXII

Tal opinaba yo sobre la Italia, por mas ofensivo que mi dictámen pareciese á esos patriotas maniáticos, cuyos ánimos inficionados preocupaba incesantemente una unidad sin vínculo y una emancipación sin emancipadores. Pero en aquellas circunstancias no se trataba de lisonjear á la península, sino de arrancarla al yugo que la oprimia. Seguramente nadie podrá achacarme el haber fomentado ilusiones en las almas entusiastas, ni provocado los levantamientos intempestivos de 1848; me remito al testimonio de los embajadores y representantes de la época, quienes podrán asegurar si no empleé todos los esfuerzos

legales para disuadir á Carlos Alberto de su inoportuna agresión en la cual presentia su pérdida. Acuérdense de esta palabra demasiado significativa que pronuncié en la tribuna: **TODAS LAS CANCIONES NO SON MARSELLASAS.** Con la misma sinceridad comunico hoy dia mi parecer á ese gran pueblo, maduro para la independencia, maduro para la libertad, maduro para la elocuencia, maduro para el genio, pero no para la guerra. Una revolución le pondría las armas en la mano, pero le seria necesario un pueblo belicoso y veterano de gloria como la Francia, para enseñarle su uso, pues se puede improvisar la libertad mas no los ejércitos que custodian su cuna. Desmíentame enhorabuena el porvenir si voy errado, pero cesen de acusarme los graves patriotas italianos si les digo que el pensamiento de cordura y temporización que abrigué en favor de su bella patria, era mas italiano que la intentona de Carlos Alberto.

XXIII

Pero, replican los Italianos agriados por el destierro; pero, dicen los radicales de la guerra revolucionaria en Francia, ¿porqué no bajó á la península el ejército de los Alpes despues del revés de fortuna de Carlos Alberto, para representar el noble papel de mediador armado ó combatiente italiano que habiais asignado á su creación, y aplazado hasta el momento en que el Piamonte fuese invadido por el

ejército austriaco? ... ¡Ay! no seré yo quien os responda, sino una triste fecha. El día en que se presintió en París la infausta suerte del rey de Cerdeña, sin la menor dilacion preparó la república la orden que debia dar al ejército de los Alpes; pero la fatal insurreccion comunista ó demagógica de junio forzó á retirarse al gobierno.

Mientras que en defensa de la república y la asamblea, combatia éste; mientras que triunfaba por el ejército que habia preparado y el general que habia puesto á su frente; mientras que, gefe á la vez y soldado, se exponia al fuego para defender la representacion nacional, esta misma corporacion lo sospechaba odiosamente de una complicidad subterránea con sus enemigos, y lo despojaba del poder ejecutivo que conferia á un dictador tan patriota pero no mas afecto y zeloso por la patria comun.

La fatal coincidencia de la batalla de París y la derrota del Piamonte, pulverizó para siempre los planes y sueños de los visionarios franceses y entusiastas italianos. Ageno y separado, desde aquel momento, de toda participacion en el poder ejecutivo, ignoro cuales fueron los planes y necesidades de los gobiernos sucesivos de la república, ciñéndome á afirmar que, á pesar de su gravedad, los acontecimientos de junio no me hubieran impedido decretar un descenso al ejército de los Alpes, si hubiese continuado siendo miembro del poder ejecutivo, pues la Francia civilizada entera se hallaba pronta á defender su civilizacion, sus familias, sus propiedades, sus

hogares, su soberania representativa contra una caterva de demagogos frenéticos; y el poder interior de nuestra nacion centuplicado cuando menos, su poder militar reconstituido mediante una reorganizacion enérgica de sus armas, le hubiera permitido prescindir de cien mil hombres en los Alpes ó en la Argelia para preservarse de los comunistas, mientras que la Italia los necesitaba para su propia conservacion.

XXIV

Tales eran mis planes con respecto á Italia; tal es lo que en su favor efectué sin que constase á este bello pais, á cuya realizacion se opusieron las jornadas de junio de 1848; dias nefastos en que sangró la Francia y pereció la Península. Deploramos la demencia de esos hombres descarriados á cuyas manos sucumbió la libertad; pero cesemos de acusar al inocente, víctima de una suerte infausta.

¿Qué pensamiento mas filial hubiera podido abrir, aun cuando hubiese sido Italiano de sangre como lo soy de corazon? ¿Qué perspectiva mas brillante hubiera podido abrir á la Italia moderna, mas inofensivamente para las demas potencias y mas legítimamente para la Península? A la reflexion y á la conciencia toca emitir un fallo.